

En Francia no existía aún una opinión pública capaz de defender la filosofía contra los poderes y eran muy pocas las personas que se percataban de que su tiempo veía «nacer una revolución del espíritu humano,» como ha dicho Voltaire hablando del progreso de las ciencias en el siglo xvii. Ese progreso lo ha definido admirablemente un filósofo del siglo pasado, Cournot: «Antes del siglo xvi, los progresos de las ciencias son tan lentos y los descubrimientos notables tan poco frecuentes que el cuadro que de ello puede trazarse más se parece á unos fastos, registros ó anales monásticos ó hieráticos que á una composición verdaderamente histórica en que el interés es hijo de la fuerte é íntima unión de todas las partes del relato.» Pero en el siglo xvii «la revolución de las matemáticas» arrastra consigo el progreso de las ciencias naturales y se descubre la unidad al par que la utilidad magnífica de la ciencia. «Es la época en que las ciencias abstractas, durante mucho tiempo cultivadas por sí mismas y por el encanto que en ellas hallan algunos espíritus, ó por un secreto y vago presentimiento de su papel futuro, dan de pronto la clave de lo más sencillo, de lo más grande, de lo más imponente que hay en el orden del universo. A partir de aquel momento, los descubrimientos se suce-

den rápidamente en los dominios de las ciencias abstractas, lo propio que en el campo de la observación y de la experiencia; esos descubrimientos son revoluciones en geometría, en astronomía y en física; y esas revoluciones, por lo menos en lo que atañe á la geometría y á la astronomía son de la índole de aquellas que, cada una en su género, no han tenido ni han de tener pares.» Por esto «los progresos y las revoluciones de las ciencias» imprimen en el siglo un «carácter singular y excepcional que no le comunicaron, en grado tan eminente, ni la religión, ni la política, ni la filosofía, ni las letras, ni las artes.» Todas las contiendas religiosas, todas las combinaciones de la política y todo el orgullo de Luis XIV son cosas mediocres y apenas perceptibles, comparadas con el hecho de quedar abiertos á la mirada y al espíritu del hombre los dos infinitos, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. Pero á excepción de la Iglesia, advertida por el instinto de la conservación, y de algunas contadas inteligencias, nadie veía en donde radicaba la grandeza del siglo, y aún no todo el mundo lo ve actualmente; es preciso que el transcurso del tiempo haga caer el polvo y extinga el ruido levantados por los sucesos superficiales que son los que satisfacen nuestra superficial curiosidad.

LIBRO OCTAVO

LA POLÍTICA EXTERIOR DESDE 1661 Á 1685

CAPÍTULO PRIMERO

LA EUROPA EN 1661 (1)

I. La familia de los Habsburgos. — II. Alemania é Italia. — III. Los aliados tradicionales de Francia: Portugal, Dinamarca, Suecia, Polonia, Turquía. — IV. Las potencias marítimas: Inglaterra y Holanda. — V. Orientación de la política francesa.

I.—La familia de los Habsburgos

Luis XIV escribió al principio de sus Memorias:

«Todo estaba tranquilo en todas partes; en el reino, ni movimiento ni apariencia de movimiento que pudiera interrumpirme y oponerse á mis proyectos; la paz estaba asegurada con mis vecinos, al parecer, por tanto tiempo como yo quisiera.»

Veíase, pues, en 1661, señor en su país y en condiciones de poder imponer al mundo la paz ó la guerra; y ese punto de vista era exacto.

La casa de los Habsburgos, es decir, España y Austria, había aceptado los tratados de Westfalia y de los Pirineos.

(1) FUENTES. *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France depuis les traités de Westphalie jusqu'à la révolution française*, pub. por el ministerio de Negocios extranjeros: *Austria*, por Sorel, 1884; *Suecia*, por Geoffroy, 1885; *Portugal*, por de Caix de Saint-Aymour, 1886; *Polonia*, por Farges, 2 vol. 1888; *Roma*, por Hanotaux, 1888; *Baviera, Palatinado, Dos Puentes*, por Lebon, 1889; *Rusia*, por Rambaud, 2 vol. 1890-94; *Nápoles y Parma*, por J. Reinach, 1893; *España*, por Morel Fatio, 3 vol., 1894; *Dinamarca*, por Geoffroy, 1895; *Saboya, Cerdeña, Mantua*, por Horriq de Beaucaire, 2 vol. 1898-99; *Prusia*, por Waddington, 1901. — Esas instrucciones contienen datos á veces muy exactos sobre el estado de los gobiernos cerca de los cuales están acreditados los embajadores ó los ministros. — Las *Oeuvres* de Luis XIV, pub. por Grimoard y Grouvelle, París, 1806, 6 vol. *Mémoires de Louis XIV pour l'instruction du Dauphin*, pub. por Dreys, París, 1860, 2 vol. *Mémoires du Conseil de 1661*, pub. por J. de Boisliis, t. I y II (en curso de publicación), París, 1905-06 («Soc. de l'Hist. de Fr.»). Mignet, *Négociations relatives à la succession d'Espagne*, París, 1835-42, 4 vol. («Collection des Doc. inéd.») *Memorias* del marqués de POMPONE, pub. por Mavidal, París, 1860-61, 2 vol; del mariscal de GRAMONT, en la colección Michaud y Poujoulat, 3ª serie, t. VII; del caballero TEMPLE, la misma colección, 3ª serie, t. VIII. *Lettres inédites du marquis de Feuquières*, pub. por Gallois, París, 1845, 5 vol. Pellisson, *Histoire de Louis XIV*, París, 1749, 3 vol. Bollandbrooke, *Esquisse historique de l'état de l'Europe depuis le traité des Pyrénées jusqu'à celui d'Utrecht*, en el t. II de las *Lettres sur l'histoire*, traducción francesa, París, 1700. *L'intérêt de la Hollande*, pub. en 1662 por Pedro de la Cour, nuevamente editada después bajo el nombre de Juan de Witt.

ORAS. Las introducciones históricas á las *Instructions aux ambassadeurs*, citadas en esta misma nota. El tomo I de Erdmannsdorfer, *Deutsche Geschichte vom Westfälischen Frieden bis zum*

España poseía aún el imperio más vasto del mundo, pero, como decía un embajador, «todas las piezas de que se componía su grandeza hallábanse en ruina.» Su población disminuía continua y rápidamente por culpa de las guerras, de la emigración á América, á los Países Bajos y á Italia, y de la miseria. El español no trabajaba; siete siglos de guerra contra los árabes por la independencia de su territorio, seguidos de la conquista del Nuevo Mundo y de un siglo y medio de guerra contra Francia, le habían formado un temperamento de soldado y de conquistador. Durante mucho tiempo, los moriscos, restos de la invasión árabe, habían trabajado por él en el campo y en las ciudades, pero los expulsó de su territorio. España, país perezoso y despoblado, atraía al extranjero que llenaba los huecos y trabajaba; y Colbert, en el cálculo que hace de la riqueza nacional, cuenta el dinero que á Francia traen todos los años nuestros labriegos á su regreso de España. Decíase, en efecto, que «si muchos de nuestros franceses no fuesen á segar los henos y los trigos de los españoles y á fabricarles sus ladrillos, los españoles correrían el azar de morir de hambre y de albergarse en tiendas de campaña, por no tomarse el trabajo de construir casas.» España había prohibido todo trabajo que no fuera el minero en sus colonias, las cuales estaban obligadas á proveerse en Europa, y se había reservado el comercio de aquellas regiones inmensas; pero como casi nada tenía qué vender, pues ya casi no tenía industria, las mercancías que á América llevaban los galeones españoles eran

Regierungsantritt Friedrichs des grossen (una de las mejores obras de la colección Oncken), Berlín, 1892. Philippson, *Der grosse Kurfürst Friedrich-Wilhelm von Brandenburg*, Berlín, 1897-1903, 3 vol. Pages, *Le Grand-Electeur et Louis XIV*, París, 1905. Grossman, *Die Geschäftsordnung in Sachen der äusseren Politik am Wiener Hof* (forma el t. XII de las «Forschungen zur Deutschen Geschichte.») Geyer y Carlson, *Geschichte Schwedens* (traducción alemana de la obra en sueco), t. IV y V, Gotha, 1873; Bobryzinski, *Histoire de Pologne*, París, 1880, 2 vol. Caro, *Geschichte Polens*, Gotha, 1875, 4 vol.; Stern, *Geschichte der Revolution in England*, Berlín, 1881 (colección Oncken). Gardiner, *History of the Commonwealth and Protectorate*, Londres, 1894-1905, 3 vol. Seeley, *The Growth of the British Policy*, Cambridge, 1895, 2 vol., traducida por el coronel Baille con el título de *Formation de la politique britannique*, París, 1896-97, 2 vol. Green, *History of the English People*, traducción francesa por Monod, París, 1888, 2 vol. Klopp, *Der Fall des Hauses Stuart (1660-1714)*. Leipzig, 1875-88, 14 vol. Treitschke, *Die Republik der Vereinigten Niederlande* (en sus *Historische und politische Aufsätze*, t. III), Leipzig, 1870. Lefevre-Pontalis, *Vingt années de république parlementaire au XVII^e siècle, Jean de Witt, grand pensionnaire de Hollande*, París, 1884, 2 vol. Waddington, *La République des Provinces-Unies, La France et les Pays Bas Espagnols*, en los «Annales de l'Université de Lyon,» 1895-97, 2 vol.

suministradas en la rada de Cádiz por comerciantes de Holanda, de Inglaterra y de Francia; y cuando los galeones regresaban abarrotados de oro y de plata, los mismos comerciantes, en el mismo sitio, percibían la casi totalidad de los metales preciosos de México y del Perú. El oro, pues, no hacía más que deslizarse por entre los dedos de los españoles.

En aquel país de la Cruzada, vencedor de los infieles y convertidor de los indios, el clero era numeroso, rico y poderoso; se ha calculado que poseía, á lo menos, la quinta parte del suelo, y en algunas provincias el tercio. Prestaba dinero al rey, que era pobre, y figuraba en sus consejos, y el confesor del monarca era un gran personaje. Ese clero había tenido en el siglo xvi, la época peligrosa para la Iglesia, sabios teólogos, y místicos y santos eminentes; pero durante el xvii disfrutaba de su victoria entregado á la pereza y á la ignorancia, fiado en que los tribunales de la Inquisición y los alguaciles bastaban para la defensa de la fe. La nobleza se componía de una cincuentena de «grandes», de unos trescientos hombres con título y de un sin fin de hidalgos; en Guipúzcoa era hidalgo todo el mundo. Los grandes y los titulados eran ricos, algunos inmensamente; el resto, gente miserable, disputábase las encomiendas de las órdenes de caballería, los beneficios eclesiásticos y los empleos de la corte, del gobierno ó de la administración, saqueando á España y al imperio español. En Italia se decía: «El funcionario de Sicilia roe; el de Nápoles come; el de Milán devora.» La tercera clase social para nada era tenida en cuenta en un país que menospreciaba el trabajo. La sociedad, clerical y aristocrática, vivía de un fondo que ya no se renovaba.

La monarquía había hecho la unidad, y las libertades de los antiguos reinos sólo en apariencia subsistían. Castilla, por ejemplo, tenía aún sus cortes, pero hallábase reducidas al derecho de representación, del que usaban para anunciar de vez en cuando la muerte cierta y próxima del reino. El gobierno se anegaba en once grandes consejos y en una veintena de ministerios, porque todos los miembros del Consejo de Estado eran ministros de Estado. Por encima de todos ellos elevaba el rey, si se le antojaba, un favorito que desempeñaba las funciones de primer ministro. Para la menor cosa, los consejos deliberaban sobre «memoriales» que llenaban las oficinas, y entre el momento en que un asunto se iniciaba y aquel en que se resolvía, mediaba largo tiempo. El *mañana* era la divisa de España, y ya en el reinado de Felipe II decía un virrey de Nápoles: «Si de España viniera la muerte, estaría seguro de gozar de una vida larga.»

La hacienda estaba arruinada, sin esperanza de rehabilitación. La deuda que había dejado Felipe II y que se evaluaba en cuatro mil millones de hoy, aumentaba indefinidamente; vivíase al día, de empréstitos forzados, de empréstitos usurarios facilitados por los bancos de Italia, de cuestaciones, de creaciones de empleos (Felipe II creó diez mil) y de bancarrotas periódicas; pero esa penuria, á la que ya el país se había acostumbrado, no impedía al rey mantener á la corte y gastar millones en edificios, favoritos y queridas.

España había sido la primera potencia militar de Europa por el número, organización, disciplina y valor de sus soldados, bravos y sufridos. En tiempo de Felipe

II tenía ciento cincuenta mil hombres sobre las armas, cuando Enrique IV sólo disponía de cincuenta mil. El ejército de Felipe IV contaba aún cien mil, pero de cuarenta y tres regimientos de infantería y de ciento trece batallones de caballería, sólo trece y cuarenta y cuatro respectivamente estaban formados con españoles, reclutándose el resto en el gremio internacional de las gentes de guerra. La disciplina había desaparecido, el espíritu militar se extinguía y los nobles se redimían del servicio con el impuesto de las lanzas ó si se dignaban servir era á condición de ser generales. La corte no gustaba de los soldados; en una memoria redactada en 1681 por un embajador y en el capítulo referente á la Casa real, se lee:

«El regimiento de los guardias ha de constar de diez y seis compañías. El rey es su coronel. Un batallón de caballería... que debe componerse de caballeros de las órdenes militares y que está destinado á servir al rey cuando va al campo. El rey es su coronel. Otro batallón de caballería al que llaman de la Vieja Guardia de Castilla. El rey es su coronel y grandes señores sus capitanes. Pero esas tropas mencionadas no funcionan al presente.»

Los grandes generales de España á mediados del siglo xvii, Spínola, Piccolomini, son extranjeros; Don Juan de Austria un mediano capitán; Fuensaldaña no entiende pizca de guerra y los demás son aún «más obtusos.» La marina, que Richelieu conceptuó temible, ya no existía á fines del reinado de Felipe IV.

También la persona real se hallaba en decadencia. Después de Felipe II, que trabajó mucho, aunque mal, Felipe III, devoto y perezoso, se había pasado la vida en los monasterios, viajando ó cazando. A Felipe IV «se le suponía atacado de muchos males,» de esos males vergonzosos propagados en las familias reales y que las pudren; sus hijos nacían moribundos. En 1661 perdió uno de cuatro años y pocos días después nació Don Carlos, el cual, cuando será rey, á la edad de cinco años, escrofuloso, calenturiento y mamando todavía de su nodriza, vacilará al caminar entre los andadores que sostendrá su aya.

Felipe IV era poco aficionado á los negocios; vivía casi solitario, venerado como un ídolo, y permanecía generalmente silencioso, aún en la intimidad de la cámara en donde sus gentileshombres le vestían y le desnudaban. El día en que recibió en audiencia al mariscal de Gramont, que iba en nombre del rey de Francia á pedir la mano de la infanta María Teresa, díjole, mirando á sus hijos: «Tenéis unos hijos hermosos y buenos; bien se vé que los Gramont son de sangre española.» Estas palabras, salidas de la boca de Felipe IV, «que no gustaba de abrirla, sorprendieron á todos los magnates.» La reina contestó al cumplido del mariscal con un par de palabras «porque el lenguaje lacónico le está particularmente recomendado;» y la infanta pronunció una frasecita en cada una de las visitas que le hizo Gramont: «Jamás conversó tanto rato con un hombre, exceptuando al rey, su padre.»

Pero el mariscal, hombre burlón á la francesa, había sentido como sobrecogido de respeto al entrar en el salón en donde fué recibido.

«El rey esperaba al mariscal en un gran salón adornado con los mejores tapices de la corona. Estaba de

pie bajo un dosel bordado en oro y grandes perlas; la cola del dosel estaba cubierta con el retrato de Carlos V á caballo pintado por Tiziano y tan natural, que parecía que el hombre y el animal estaban vivos. A su izquierda se colocaron todos los grandes y algo más lejos infinidad de gente de la más alta nobleza; y aunque el aderezo de esa gente no era de los más brillantes, había en ella un aire de grandeza y de majestad que yo no había visto en parte alguna.»

En efecto, toda la España, desde el mendigo famélico que repetía el proverbio «hay más días que longanizas,» pero que se daba aires de capitán, hasta el rey, el más pobre de los reyes, llevaba con altivez la decadencia de una monarquía que parecía una cantera abierta á las ambiciones del extranjero.

La rama menor de los Habsburgos gobernaba desde Viena, su capital, varios principados, como Austria, Estiria, Carinthia, Carniola, Istria, Tirol y Vorarlberg, y reinos, como Bohemia y Hungría. Todos sus dominios formaban un todo unido, pero el Tirol, la Carinthia, la Carniola y la Istria envían todas ó parte de sus aguas al Adriático, mientras que las de Bohemia corren hacia los mares del Norte, y entre ambas regiones el Danubio desemboca en el mar Negro. Ningún río termina su curso en territorio habsburgués, y en éste habitan razas muy diferentes, alemanes, italianos, eslavos y magiares. Cada principado tenía su régimen político especial; adquiridos sucesivamente por los Habsburgos, tenían todos el mismo príncipe, pero cada uno conservaba sus leyes, y su asamblea de Estados. En los dos reinos, el Habsburgo no era rey por el mismo título; hereditario en Bohemia, desde que ese país había sido domado por medios atroces durante la guerra de Treinta Años, era rey elegido en Hungría.

Del reino de Hungría sólo gobernaba la menor parte, pues los turcos habían conquistado toda la parte central dividida en cuatro bajalatos, Budapesth, Temesvar, Kanisza y Erlau, cuyas capitales eran ciudades muy fuertes; y además el territorio hallábase contenido por otras fortalezas, Gran y Alba real, al Norte, Esseck y Belgrado, al Sur. La Hungría real estaba reducida á una estrecha faja de tierra que se extendía á lo largo de las fronteras del archiducado y de la Estiria, hasta cerca del Raab y del Ipoly, y era muy difícil de gobernar. De una raza muy diferente de sus vecinas, poco numerosa pero amante y admiradora de sí misma, no había sabido darse una dinastía nacional; pero conservaba sus libertades y sus privilegios, y en su soberano Habsburgo no quería reconocer más que al rey de Hungría. Detestaba á los austriacos tanto, por lo menos, como á los turcos y soportaba mal las guarniciones de la soldadesca imperial. Por otra parte, el calvinismo, muy extendido en Hungría, era perseguido por el gobierno de Viena, y más de un protestante húngaro opinaba que un cristiano puede vivir más tranquilo bajo el poder de un bajá que bajo el de los jesuitas. El húngaro era el más enérgico de los súbditos habsburgueses, pero su energía tendía á la rebelión.

Una política ofrecíase entonces al Austria: privada de sus posesiones de Alsacia por los tratados de Westfalia, que, además, habían reconocido la independencia de Suiza, cuna de su dinastía, hallábase, por decirlo así, expulsada de la vieja Europa, y el destino de los

Habsburgos vieneses parecía ser la guerra al otomano, tan próximo á su capital.

Pero los Habsburgos tenían hábitos; en primer lugar, el hábito de ser emperadores, y como la dignidad imperial, aun permaneciendo electiva, se había fijado en su dinastía, el Imperio les retenía en su tradicional política occidental. Otro hábito era el de mantener y estrechar en toda ocasión su parentesco con los Habsburgos de España; los primos de Viena y de Madrid eran aliados permanentes y su alianza estaba firmemente sellada por la religión, conservando ambos ese horror á la herejía que fué una pasión de Carlos V y por él expresamente legada en su testamento á sus sucesores. Carlos V descendía, en España, de una larga serie de reyes españoles que realizaron la cruzada contra el infiel; y era majestad «católica,» y como emperador, abogado de la Iglesia. Toda herejía parecía una rebeldía, y en realidad herejes fueron, á excepción de Francia, los grandes enemigos de los Habsburgos: en el exterior, Suecia é Inglaterra, y, en el interior, los protestantes de los Países Bajos, los de Alemania, los de Bohemia y los de Hungría. Los Habsburgos habían sido vencidos por una coalición de reformados dirigidos por Francia, y de aquí que el hereje fuese su enemigo, tanto ó más que el infiel. El Habsburgo de Madrid expulsó á sus moriscos y quemó á sus protestantes; el de Viena se había hecho eximir, en el congreso de Westfalia, de la tolerancia religiosa, y en Bohemia y en Hungría los jesuitas y los capuchinos predicaban y perseguían.

Los Habsburgos son, pues, una familia que sigue inclinaciones hereditarias. Así, el de Viena mira hacia el Este como contra su voluntad, y cuando en 1661 empieza á ponerse en movimiento contra el turco, sus fuerzas son ridículamente insuficientes; sigue siendo occidental y si Francia interviene en España, le tendrá por enemigo.

Enemigo digno de tenerse en cuenta, pero que no parece muy temible. El Habsburgo austriaco es un personaje complejo, lento y pesado, cuyo gobierno se ve obligado á contar con las dietas nacionales de cada uno de los países de la monarquía. En el centro, es polisinódico, como en España, y en la cancillería, en la Cámara de Hacienda, en el Consejo áulico y en el Consejo de la guerra, pues también la guerra está dirigida por un consejo, los asuntos se eternizan á causa del formalismo y de la pereza. A orillas del Danubio vienes, los hombres viven descuidados; en aquel país, dice un proverbio, todos los días son domingo.

Leopoldo I, que era emperador desde el año 1658, cuando niño, fué destinado á la Iglesia porque tenía un hermano mayor. Uno de sus nombres de pila era Ignacio. Había sido educado por el jesuita Nithard que tanto figuró en la política de España como gran inquisidor y confesor de la reina. Pero el hermano mayor murió, y, al fallecer Fernando en 1657, Leopoldo, que era ya rey coronado de Bohemia y de Hungría, fué candidato al Imperio. Tenía entonces diez y siete años, aspecto avejentado, rostro larguirucho, el labio enorme de la familia, la barba gruesa y la mirada triste; era bondadoso, comedido y continente; amaba la música y componía «piezas tristes con mucho ajuste, y era lacónico al estilo de España.» Leopoldo será un exce-

lente hombre, inteligente y asiduo en el trabajo, pero siempre indeciso y embarazado. Pomponne, que conocía muy bien la Europa, dirá: «Aunque ese príncipe ha nacido con ingenio y habla bien de los negocios y asiste con cuidado á sus consejos, la timidez natural, que le impide fijarse en su propio parecer, le pone siempre bajo la dependencia de sus ministros;» y Gremonville, embajador del rey de Francia en Viena: «Es un reloj al que siempre hay que estar dándole cuerda.» Finalmente «su constitución delicada es tal vez causa de que haya permanecido encerrado en Viena y no haya podido en su vida sentir afición por la guerra.» Leopoldo estaba enfermizo y achacoso; achacosa y enfermiza estaba también la infanta, su prima de España; su primer hijo murió á los pocos meses de nacido y los médicos, al hacer la autopsia de aquel pobre cuerpecillo, hallaron en él cinco causas de muerte; los pulmones estaban llenos de «pedrecitas, y el hígado duro y enteramente quemado, lo que prueba una sangre corrompida de padre y de madre.» Otros dos hijos murieron al nacer.

II.—Alemania é Italia

Dos regiones políticas (es preciso emplear esta palabra vaga) tenían conexión con la casa de Austria: Alemania, porque su emperador era un Habsburgo, é Italia porque en ella conservaba derechos el emperador y porque España poseía allí el reino de Nápoles y el Milanesado.

Varios sabios alemanes, que buscaban la definición de la Alemania y no daban con ella, trataban de hacer entrar la constitución de su país en las categorías de Aristóteles: Alemania ¿era una monarquía, una aristocracia ó una democracia? Chemnitz creía que podía verse en ella «una aristocracia templada por una monarquía.» Puffendorf hallaba en ella una semejanza con la confederación helénica que presidía Agamenón en la época de la guerra de Troya; pero decía que Alemania más bien no se parecía á nada, que era una especie de cuerpo irregular semejante á un monstruo, *irregulare aliquod corpus et monstro simile*; y el canciller sueco Oxenstiern opinaba, después de los tratados de Westfalia, que era una confusión conservada por la Providencia, *confusio divinitus conservata*.

El pueblo alemán, después de la larga crisis de atores sufrimientos que fué la guerra de Treinta años, no pensaba sino en disfrutar de la paz al fin recobrada, y era ignorante, grosero y falto de espíritu público. La mayoría de los príncipes, sólo cuidaban de rehacer su casa y engrandecerse, y destruían los restos de sus libertades y privilegios, explotaban hasta lo indecible á sus súbditos, admiraban su ilustre alcurnia, reventaban de orgullo y se entregaban sin tasa á los placeres.

El mariscal de Gramont divirtiéndose en extremo durante su estancia en Francfort en 1658. El arzobispo elector de Colonia, de la casa de Baviera, era, dice, un hombre cortés, «todo lo que permitían serlo las pretensiones de la casa de Baviera, que no son pocas,» y muy aficionado á la química. El arzobispo elector de Tréveris, «reñido con el sentido común y sin estudios, conocía los asuntos de Europa tan poco como los suyos propios; era alto y robusto, y como bebedor podía háberse las con cualquiera.» El elector de Baviera era

hombre «piadoso y devoto como el que más, y estaba muy convencido de que siguiendo la política de sus directores podía errar tan poco como el papa.» El elector de Sajonia, celoso luterano, «los días que comulgaba no se emborrachaba por la mañana por respeto al sacramento, pero, en cambio, por la tarde reparaba la omisión.» El arzobispo elector de Maguncia, obligado á hacer honor á la mesa, conservaba generalmente su sangre fría y «las reglas de la modestia propia de su carácter arzobispal;» pero un día, después de una comida en que habían mienudeado las libaciones, bailó con los electores de Colonia y de Sajonia sobre la mesa que había sido debidamente apuntalada. El mariscal, que no podía bailar á causa de su cojera, excitaba á los bailarines.

Casi todos los príncipes recibían subsidios de Francia, habiendo reglas establecidas «para la distribución del dinero del rey que se reparte pródigamente y muy á propósito, aunque de tal modo que nadie lo ha percibido nunca sino después de haber cumplido la palabra empeñada.» Y el dinero es un «retórico que triunfa más en Francfort que, en otro tiempo, Cicerón en Roma y Demóstenes en Atenas.»

Sin embargo, la embajada no había conseguido en Francfort lo que había ido á buscar (1), pues el sentimiento del patriotismo no había muerto en Alemania y muchos eran los que tomaban el dinero, pero se reservaban el alma. El elector de Maguncia era un buen alemán, lo propio que el elector de Brandeburgo, Federico Guillermo I.

Este último (2) no quería ser «el esclavo de todo el mundo,» como lo había sido su padre, y desde su advenimiento en 1640, cuando sólo tenía veinte años, había dado á comprender que sería alguien. Uno de los primeros enviados franceses que lo habían visto, escribía: «Es un príncipe buen mozo, inteligente, muy cumplido y... muy inclinado á la guerra;» tiene «virtudes muy elevadas y es guapo.» En efecto, el elector era de alta estatura, de rostro varonil y de ceño enérgico é inquieto. Su primer cuidado fué hacerse «respetable» creándose una fuerza, y hubo un momento, en 1655, en que mantuvo un ejército de veinticinco mil hombres. Su política consistía en agitarse siempre, buscar su provecho así en las grandes ocasiones como en los más pequeños disturbios, aceptar ó pedir cualquier alianza útil y romperla, si podía esperar de otro lado mayor beneficio.

«Si mis antepasados, escribía á Mazarino en 1659, tuvieron por máxima preferir el interés de los demás príncipes á la conservación de sus Estados, yo confieso que me aparto de ella, pues me considero obligado en conciencia á defender los territorios que por la gracia de Dios poseo, y haciéndolo así, no veo por qué razón puede nadie censurarme.»

Y quería no solamente conservar sus territorios sino, además, aumentarlos, juntarlos unos á otros, formar con ellos un solo cuerpo, *membra unius capitís*, y conquistar una amplia salida al mar. Persegüiale el sueño de llegar á ser una gran potencia terrestre y marítima, y por esto se le consideraba hoy en día como un antecede-

(1) Véanse las págs. 201-202.

(2) Acerca de Alemania y Brandeburgo, véanse las págs. 182, 183, 205 y 206.

sor de la Prusia moderna y de la Alemania imperial y mundial.

Sus primeras relaciones con Francia fueron buenas. En Francfort votó en pro del artículo que prohibía al emperador socorrer á los españoles; sus embajadores percibieron cuantiosas sumas y él mismo recibió cien mil escudos franceses, ¡estaba tan necesitado de escudos! pero adoptó precauciones de forma y aires de dignidad. En París inspiran temor su «ligereza de espíritu,» su «viveza de humor» y su «política de zorra,» y se esperan de él «grandes equívocos.» Ningún príncipe era de tan difícil manejo como él y nuestros diplomáticos temían el puesto de Berlín; uno de ellos, lamentándose de las «malas horas» pasadas cerca del príncipe, dirá: «Si se pudiera estar en la Bastilla sin caer en desgracia, preferiría un año de aquella cárcel á cuatro meses de Brandeburgo.» En la Alemania decaída, pero que guarda grandes recuerdos y tiene en reserva energías y virtudes, Federico Guillermo es un príncipe con quien habrá que contar.

España poseía en Italia Nápoles, Sicilia, Cerdeña, la Lombardía y los Presidios de Toscana; en Nápoles, Sicilia y Cerdeña gobernaban virreyes; en Lombardía, un gobernador, y en los Presidios, comandantes, y en todas partes imperaban la Inquisición, la justicia injusta y la fiscalización. La Lombardía, «el lindo carnero de Italia,» estaba tan «descarnada,» que no eran más miserables que ella «la pobre Champaña ó la Picardía,» es decir, las provincias francesas que más habían sufrido con las guerras, y se calculaba que su población había disminuído en más de un tercio. En Nápoles, los banqueros arrendatarios del impuesto practicaban un sistema de imposición sobre los víveres que parecía una organización del hambre.

El resto de la península lo formaban los *stati liberi*. El papa carecía ya de importancia política; en Venecia, en medio de la belleza ambiente, continuaba la decadencia, y la República, indiferente á los asuntos italianos, se agotaba defendiendo á Candía contra los otomanos; Génova, que había perdido sus últimas estaciones de Levante, se mantenía penosamente en Córcega y vivía en una inquietud perpetua, amenazada por Francia, España y Saboya; Mantua, gobernada por los Gonzaga de Nevers, era cliente de Francia, á la que pedía protección contra España y contra Saboya que le reclamaba el Monferrato. Los Farnesio, duques de Parma y de Plasencia, y los Este, duques de Módena y de Reggio, habían caído en una situación insignificante, y Los Médicis, duques de Toscana, habían producido una tempestad entre el sinnúmero de príncipes italianos, por haber obtenido del papa y del emperador el título de grandes duques, y vacilaban entre España y Francia, aunque inclinándose hacia ésta, ya que el gran duque reinante estaba casado con una princesa de la sangre de Francia, hija de Gastón de Orleans. En todos esos Estados, miseria intelectual, miseria moral, cortes suntuosas y ostentación de príncipes; en Florencia, tragedias amorosas; en Parma y en Módena, cuadrillas de cantores y grandes espectáculos de ópera; en todas partes, la miseria, la fiebre, la peste y los bandidos.

En Alemania quedaba, á lo menos, el sentimiento

de una comunidad, la idea del «Reich» conservada por el Reichstag; en Italia no se percibía ni un soplo siquiera del espíritu público. «Ningún príncipe italiano, decía un embajador de Enrique IV, aumentará sus gastos en un escudo por esa dama hermosa de libertad italiana.» En el pueblo italiano no se producía ningún movimiento como no fuera de sediciosos hambrientos; Nápoles se sublevó dos veces, pero lo que querían los insurrectos, que tuvieron algunas horas de heroísmo, era no pagar los derechos de consumos por los higos, las naranjas y las uvas.

Un Estado había que se diferenciaba de los demás, y era el ducado de Saboya, italiano sólo á medias, distribuído entre las dos vertientes de los Alpes, oprimido de un lado por Francia, que avanzaba hacia su frontera natural, y de otro por España, dueña de la Lombardía. El duque, demasiado débil para defender su neutralidad entre sus dos vecinos, en guerra siempre el uno contra el otro, vacilaba porque se exponía, si se inclinaba á Francia, á que los españoles invadieran el Piamonte, y si se declaraba por España, á convertirse en el «duque sin Saboya,» como decía Enrique IV. La permanencia del peligro obligábale á vivir en inquietud y esfuerzo constantes; y aunque era un soberano de escasa importancia, no carecía de fuerzas, puesto que su país rudo le daba soldados y su pequeña nobleza, que era pobre, le proporcionaba jefes y oficiales para su ejército. Soñador, por tradición, de grandes fortunas, era un político sumamente práctico, goloso de las más menudas hojas de «la alcachofa milanesa» y aspiraba á las grandes coronas. Carlos Manuel fué el tipo perfecto de esa familia: «Gústale la guerra más que nada, decía uno de sus contemporáneos; es activo, robusto, familiar y pródigo con los soldados, paciente en las privaciones é insaciable de gloria.» A la muerte de Enrique III, había reclamado la corona de Francia, en su calidad de hijo de una Valois; á la de Matías, había esperado llegar á ser emperador, y durante los disturbios de la Liga había vislumbrado una corona de Provenza; por lo menos habría querido ser rey de Albania. «El espíritu del duque de Saboya, decía Richelieu, no podía descansar; diariamente daba dos ó tres veces la vuelta al mundo.» Carlos Manuel murió en 1630, mientras estaba en guerra con Luis XIII, y la Saboya entró entonces en la clientela del rey de Francia. El tratado de Cherasco había dado una parte del Monferrato, á cambio de lo cual había la Saboya cedido á Francia el Pignerol, lo que equivalía á abrirle el Piamonte. Después, Víctor Amadeo, sucesor de Carlos Manuel, habíase casado con Madama, hermana de Luis XIII, la cual dominó á su hijo Carlos Manuel II desde toda la altura de la casa de Francia, de modo que la corte de Turín, vasalla de la del Louvre, parecía una pequeña corte de provincia. Pero todo su pasado vedábale á la Saboya una subordinación perpetua, así es que en Italia habrá que contar con la casa de Saboya del mismo modo que en Alemania con la casa de Brandeburgo.

III.—Los aliados tradicionales de Francia

Francia, buscando aliados para combatir á la casa de Habsburgo, los encontró al lado de España y al Norte ó allende el Imperio: Portugal, los Estados escandinavos,